

www.cuadernosdelaberinto.com



**II PREMIO ALUMNI – UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
DE POESÍA «CARMEN MARTÍN GAITE»**



www.cuadernosdelaberinto.com

A. Miguel García Corral

LA TEMPERATURA DE LA IGUALDAD

PRÓLOGO: ESTER BUENO PALACIOS



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—ANAQUEL DE POESÍA, n°166—
MADRID • MMXXVI

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © A. MIGUEL GARCÍA CORRAL

Directora de la colección: ALICIA ARÉS

Del prólogo © ESTER BUENO PALACIOS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Jozef Klopicka (Con licencia de Depositphotos)



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso por COPIAS CENTRO (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: OCTUBRE 2026

Depósito legal: M-24440-2026

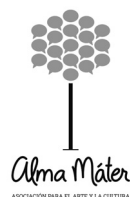
I.S.B.N: 979-13-87751-60-9

Impreso en España.

Promueve:



Mecenazgo:



«Lo que no tiene nombre no puede ser visto»

URSULA K. LE GUIN

«El deseo es siempre deseo de algo que falta.
Cuando nada falta, ¿qué queda?»

ANNE CARSON

www.cuadernosdelaberinto.com

PRÓLOGO

EL MUNDO ANTES DEL MUNDO

POR ESTER BUENO PALACIOS

A las 03:17 ocurre la Gran Nivelación. Nadie escucha un clic. Al amanecer, las calles conservan su forma y los cuerpos la suya, pero el mecanismo que los convertía de inmediato en amenaza, deseo, autoridad o fragilidad ha dejado de funcionar. Ese comienzo casi silencioso contiene el movimiento entero de *La temperatura de la igualdad*: A. Miguel García Corral modifica la mirada para preguntarnos cuánto de lo que llamamos realidad estaba ya escrito antes de mirar.

La hipótesis abre una grieta profunda. ¿Qué queda de nosotros cuando ya no podemos recurrir a las clasificaciones con las que durante siglos hemos ordenado el mundo? ¿Cómo se ama, cómo se teme, cómo se reconoce al otro cuando las viejas señales pierden su significado? El libro sitúa la transformación en el espacio invisible que media entre la retina y el juicio, allí donde una forma deja de ser solamente una forma y se convierte, casi sin permiso, en una sentencia. Los ascensores, los supermercados y las aceras permanecen. Desaparece la lectura instantánea que precedía a quienes los habitaban.

He vuelto varias veces a uno de los primeros versos: «Antes de hablar nos dieron un idioma». Ese idioma no es solo un repertorio de palabras. Es una gramática de gestos, distancias, posturas y expectativas que aprendemos antes de saber que estamos aprendiendo. Nos enseña quién ocupa el centro y quién debe apartarse, qué voz merece crédito, qué cuerpo inspira amenaza, cuál puede ser deseado y cuál condenado a la invisibilidad. Lo más eficaz de ese aprendizaje reside en su apariencia natural. La convención se vuelve costumbre; la costumbre, reflejo; el reflejo, destino.

Por eso resulta tan precisa la figura del archivero que recorre estas páginas. En el Viejo Mundo, el cerebro trabaja como un funcionario infatigable: abre cajones, ordena indicios, asigna identidades y entrega conclusiones antes de que la conciencia pueda intervenir. El poema no presenta ese mecanismo como una perversidad ajena. La voz que habla admite que también clasificó, redujo y se equivocó. Esa admisión evita la cómoda superioridad moral desde la que tantas veces se escribe sobre la igualdad. Aquí nadie contempla el prejuicio desde fuera. Todos hemos sido educados en su lengua; todos conservamos, en alguna parte, restos de su sintaxis.

La Gran Nivelación vacía de pronto el archivo. Quedan los libros, desaparecen los cajones. La imagen es fértil porque reúne el alivio y el desconcierto. Ver sin categorías libera, pero también obliga a sostener la mirada durante más tiempo. Sin el repertorio heredado, ya no es posible saber de antemano qué esperar de quien tenemos delante. Hay que preguntar. Hay que escuchar. Hay que aceptar que una persona puede no confirmar ninguna de nuestras previsiones. La libertad aparece entonces desprovista de solemnidad: se parece al cansancio de quien debe aprender, en un solo día, a vivir sin atajos.

Este desplazamiento explica la forma del libro. *La temperatura de la igualdad* no se instala por completo en un único género. Tiene la continuidad narrativa de una ficción especulativa, la concentración de la poesía, la vocación indagadora del ensayo y, en ciertos pasajes, la inmediatez de un diario. Se sirve del inventario, la anotación de campo, el diálogo, la elegía, el autorretrato y el microrrelato. Cada molde ensaya una manera distinta de observar. La diversidad formal no dispersa el conjunto; reproduce la búsqueda de una lengua capaz de nombrar aquello para lo que ya no sirven las palabras de antes.

La arquitectura del poemario responde a ese aprendizaje. Primero se levanta acta del viejo idioma y de sus automatismos. Después llegan las primeras horas de un mundo que

parece idéntico, aunque nadie sabe aún cómo habitarlo. Más tarde, Alex introduce la experiencia concreta del deseo; la recaída recuerda que ningún cambio borra de golpe lo aprendido; la llanura abre el territorio de la duda y de la nostalgia; finalmente, el libro reúne las palabras provisionales con las que sus personajes intentan relacionarse. El recorrido avanza, pero no finge una superación completa. A cada conquista la acompaña su sombra.

Ahí se encuentra una de las mayores inteligencias de esta obra. La igualdad no comparece como un desenlace luminoso que resuelve por sí solo la complejidad humana. Es una llanura: ofrece un suelo firme y, al mismo tiempo, expone al frío. Han desaparecido las cuestas sobre las que se edificaban relaciones injustas, pero también el paisaje conocido, incluso cierta belleza nacida en lugares que no queríamos recuperar. El libro se permite nombrar esa pérdida. Sabe que los rituales de la seducción podían ser arbitrarios, crueles o desiguales, y reconoce que en ocasiones contenían misterio, juego y una forma de atención. La nostalgia no invalida el cambio; revela su coste.

Tal franqueza protege al poemario de la consigna. Su mundo nuevo funciona, pero todavía no ha sido habitado. Está limpio como una ciudad recién construida, y esa limpieza puede doler. La igualdad garantiza el terreno; no decide qué casa levantaremos sobre él. Al retirar los papeles heredados, aumenta nuestra responsabilidad. Ya no podemos atribuir un gesto al género, justificar una conducta mediante el guion o convertir una expectativa social en coartada. Hay que inventar, y la invención trae torpeza. El libro acepta esa torpeza como el precio razonable de una libertad que aún no domina sus movimientos.

Rodrigo encarna con especial delicadeza ese desajuste. Habría sido sencillo convertirlo en emblema del privilegio perdido o en caricatura del hombre incapaz de adaptarse. García Corral le concede algo más difícil: espesor humano. Rodrigo

había dedicado treinta años a perfeccionar un instrumento. Conocía el ángulo del cuerpo, la distancia, el cumplido y el silencio que insinúa. Cuando ese código deja de tener valor, no pierde únicamente una posición; pierde una parte de la identidad que había construido dentro de él. Su pregunta, «¿qué se hace con una habilidad perfecta en una lengua muerta?», alcanza a cualquiera que haya confundido durante demasiado tiempo un papel aprendido con su propia naturaleza.

La evolución de Rodrigo contiene, además, uno de los movimientos morales más hermosos del conjunto. Al principio se siente vacío porque ya no sabe cómo ser visto. Más tarde sostiene una puerta sin añadir teatro, cálculo ni intención. El gesto es mínimo, pero en él descubre una utilidad sin representación. La escena no celebra una heroicidad. Muestra algo más verosímil: la posibilidad de existir sin convertir cada encuentro en una prueba de poder. El personaje no queda expulsado del mundo nuevo; aprende, con lentitud, a entrar en él. La igualdad que propone el libro también debe saber acoger a quienes llegan desorientados.

Alex ocupa el centro afectivo de esa educación. La sección titulada *La botánica de Alex* transforma el conocimiento del otro en una serie de observaciones minuciosas. La inclinación al escuchar, el movimiento de las manos, una risa, una manera de pensar o la temperatura de la piel sustituyen al catálogo de arquetipos. El deseo abandona la categoría y se demora en el detalle. Deja de responder a un modelo previo para nacer de una presencia irrepetible. No interesa un tipo de persona, sino esta persona; no un cuerpo que simboliza algo, sino un cuerpo que existe con medidas, hábitos, silencios y formas propias de estar en el mundo.

Hay una tensión fecunda en llamar botánica a esa mirada. Observar con precisión puede ser un acto de cuidado, aunque también corre el riesgo de convertir a quien amamos en objeto de estudio. El poemario se mueve en ese borde y encuentra su equilibrio en la reciprocidad. Alex no permanece encerrada en

la descripción de la voz poética: responde, se ríe, discrepa, pide espacio, propone otra manera de doblar una sábana. La persona observada conserva su voluntad. El amor empieza cuando la atención deja de apropiarse de lo que mira.

Desde ese punto, la igualdad adquiere una dimensión íntima que ninguna formulación abstracta podría contener. Preguntar «¿puedo abrazarte?» parece un gesto sencillo, pero modifica una tradición entera de suposiciones. Decir «prefiero estar sola ahora» deja de ser una condena encubierta y se convierte en información. Reconocer «no sé cómo decir esto» ya no disminuye a quien habla; abre una conversación. Las frases del vocabulario provisional son modestas porque una lengua nueva no nace completa. Se construye en el tanteo, en el consentimiento y en la disposición a rectificar.

El libro comprende, sin embargo, que ningún dispositivo puede abolir de una vez la memoria. La recaída en el metro es decisiva. Durante un instante, el viejo archivero vuelve a clasificar a una persona de espaldas. La voz se reprocha el reflejo, pero Alex ofrece una respuesta menos grandiosa y más útil: reconocerlo, darle las gracias por el intento y recordarle que ya no trabaja allí. El humor rebaja la tentación de la pureza. Cambiar no significa quedar a salvo de lo aprendido. Significa advertir su regreso y negarse a obedecerlo.

Esa escena ilumina también nuestra lectura. La Gran Nivelación no pide que la recibamos como un pronóstico científico. Es una hipótesis extrema que vuelve visible lo cotidiano. Al suprimir las categorías del mundo ficticio, el libro permite escuchar el ruido que producen en el nuestro. El lector se descubre completando identidades, asignando género a la voz, buscando una definición estable para Alex, adelantándose a los personajes. La experiencia de lectura reproduce así el problema que los poemas examinan. También nosotros llevamos un archivero dentro.

La decisión de no fijar una identidad de género para la voz principal intensifica ese efecto. No se trata de ocultar un dato

para crear suspense, sino de retirar una clave que solemos considerar imprescindible. La lectura queda frente a sus propios hábitos: quizá necesite saber quién habla para decidir cómo interpretar el deseo, el miedo o la ternura; quizá pueda renunciar a esa certeza. El texto no exige una respuesta uniforme. Deja abierta la posibilidad de que cada lector preste a la voz una identidad, o de que aprenda a escucharla sin hacerlo.

Que este libro haya sido reconocido con el II Premio Alumni - Universidad de Salamanca de Poesía «Carmen Martín Gaité» añade una resonancia precisa. La autora salmantina convirtió la búsqueda de interlocutor en una de las preguntas centrales de su escritura: la necesidad de encontrar una escucha capaz de sacarnos del monólogo. En estas páginas, después de la Nivelación, amar consiste también en aprender a dirigirse a alguien cuya respuesta no viene escrita de antemano. El verdadero interlocutor comienza donde termina la proyección.

El título reúne todas estas tensiones con notable exactitud. La igualdad tiene una temperatura porque las ideas solo adquieren sentido cuando pasan por el cuerpo. Puede ser fría si se limita a corregir la inclinación del suelo; puede volverse habitable cuando la recorren la curiosidad, el consentimiento, el humor y el cuidado. El poemario no confunde justicia con calidez. Sabe que una estructura justa no garantiza por sí misma la cercanía, del mismo modo que una emoción intensa no corrige una estructura injusta. Entre ambas dimensiones se abre el trabajo difícil de vivir juntos.

También por eso la palabra más importante de *La temperatura de la igualdad* quizá no sea igualdad, sino alguien. Cuando se retiran el género, la clase, la raza, la edad percibida, la profesión y el estatus, no aparece una criatura neutra ni un ser empobrecido. Aparece alguien. La categoría orientaba, pero nunca agotaba a la persona. El poema reclama una mirada que acepte la singularidad sin convertirla enseguida en

una nueva etiqueta. Ver de verdad exige soportar durante unos segundos la falta de definición.

Esa exigencia alcanza al amor. En el mundo que García Corral imagina, el deseo pierde rapidez y gana precisión. Ya no dispone de los atajos del género ni de las figuras reconocibles que prometían una historia antes de que la historia comenzara. Debe construirse desde la convivencia con lo concreto: una inteligencia que avanza en diagonal, una risa, el hueco de una muñeca, una conversación que se desvía, una cama que puede hacerse de dos maneras. El erotismo deja de confirmar un arquetipo y se convierte en conocimiento inacabado.

Hay algo profundamente político en esta defensa de lo específico, aunque el libro prefiera la escala de los cuerpos y las habitaciones. Toda desigualdad necesita simplificar a quienes la padecen o la ejercen. Los reduce a una función, les atribuye una conducta, administra su lugar. La poesía actúa en sentido contrario: devuelve matices, demora el juicio, hace visible aquello que la clasificación había borrado. En estas páginas, la política de la igualdad desemboca en una ética de la atención.

La escritura acompaña ese propósito con una deliberada claridad. Los versos avanzan mediante frases limpias, imágenes reconocibles y repeticiones que imitan el funcionamiento del catálogo para después desmontarlo. El lenguaje tecnológico convive con escenas domésticas; la reflexión se aligera con humor; la emoción evita el exceso. Esta contención permite que las preguntas respiren. García Corral no las encierra en una respuesta definitiva. Prefiere habitarlas, como declara en la nota final, y confiar al lector la parte de incertidumbre que le corresponde.

Al cerrar el libro, la Gran Nivelación importa menos como acontecimiento futuro que como ejercicio de conciencia presente. Nadie va a apagar a las 03:17 la maquinaria con la que interpretamos los cuerpos. Nuestro archivo no amanecerá vacío. Podemos, sin embargo, demorarnos antes de abrir un cajón; sospechar de la primera sentencia; preguntar donde

antes suponíamos; permitir que alguien contradiga el papel que le habíamos asignado. Tal vez la igualdad comience en ese intervalo casi imperceptible entre ver y decidir.

La temperatura de la igualdad nos deja precisamente allí: en el instante en que el guion ha callado y todavía no sabemos qué decir. Ese silencio puede parecer frío, pero contiene una posibilidad. Ante nosotros ya no hay un representante de una categoría, sino una persona concreta, desconocida incluso cuando creemos conocerla. Mirarla sin dictar de antemano su respuesta es un acto de atención y también de valentía. El nuevo idioma empieza con esa renuncia. Después, quizá, podamos pronunciar sus primeras palabras.

Ávila, septiembre de 2026



INTRODUCCIÓN

(el mundo antes del mundo)

www.cuadernosdelaberinto.com

El idioma que nos dieron

Antes de hablar nos dieron un idioma.
No lo pedimos. No firmamos nada.
Llegó como llega el aire:
sin que nadie lo invite,
sin que nadie pueda vivir sin él.

Era un idioma de formas.
Cada forma cargaba un significado
que no estaba en la forma
sino en el acuerdo tácito
de todos los que habían vivido antes
y habían decidido, sin votar,
lo que cada forma significaba.

Así:
este tipo de cuerpo es fuerte o amenazante.
Este otro tipo de cuerpo es débil o deseable.
Este gesto: dominancia.
Este otro gesto: invitación.
Esta voz: autoridad.
Esta otra voz: súplica.

Todo codificado.
Todo invisible.
Todo tan antiguo que parecía naturaleza.

Lo que perdimos antes de perder nada

Hubo un tiempo en que no sabíamos
que lo que veíamos no era lo que había.

Que entre el cuerpo real y el cuerpo percibido
había una capa de interpretación
tan vieja, tan sedimentada,
que ya no la veíamos:
veíamos a través de ella.

Como mirar por un cristal tan sucio
que has olvidado que hay cristal.
Crees que estás mirando afuera.
En realidad estás mirando el polvo.

Esto ocurrió antes de la Nivelación.
Esto siempre ocurrió.
Y ninguno de nosotros lo supo
hasta que el cristal desapareció
y vimos, por primera vez,
el paisaje sin mediación.

Era más pequeño de lo que esperábamos.
Era, también, más nítido.
Era, sobre todo, real.

I
INVENTARIO DEL GRAN DÍA

www.cuadernosdelaberinto.com

Había un lenguaje antes del silencio.
Lo hablábamos sin saberlo, con los ojos.

Atractiva-pero-inalcanzable.
Hombre-amenazante.
Anciana-invisible.
Cuerpo-que-pide-permiso.
Cuerpo-que-da-órdenes.
Cuerpo-que-ocupa-el-centro-de-la-acera.
Cuerpo-que-se-hace-pequeño-en-el-metro.

El cerebro era un archivero frenético.
Cada transeúnte: un cajón.
Cada cajón: una sentencia.
Cada sentencia: milisegundos.
Antes de la primera palabra,
ya habíamos decidido.

Así era el idioma del Viejo Mundo:
rapidísimo, inconsciente,
casi siempre equivocado.

2 El peso de los anuncios

Nos enseñaron a desear
en imágenes ajenas.
El perfume prometía:
si hueles así, serás querida.
La cerveza prometía:
si bebes esto, serás libre.
El coche prometía:
si conduces así, serás temido
—y el miedo es poder—.

Nadie firmó ese contrato.
Nadie lo leyó.
Llegó antes que el lenguaje,
antes de la primera vez
que alguien nos dijo lo que éramos.

Y lo interiorizamos como se interioriza la gravedad:
sin preguntarnos si podría ser de otro modo,
sin saber que existía un otro modo.